

KANT Y SUS CONVIDADOS

Julio Enrique Beltrán Miranda

*Licenciado y maestro en filosofía por la Facultad de Filosofía y letras
Universidad Nacional Autónoma de México*

liobtran@servidor.unam.mx

RESUMEN

El cuadro de Dörstling "Kant y sus convidados" es descrito e investigado. Se comentan las ideas de Kant relativas al banquete como una sociedad perfecta.

Palabras claves: gastronomía, banquete, sociabilidad, contrato, Kant.

ABSTRACT

Emil Dörstling's picture "Kant and his dinner guests" (Kant und seine Tischgenossen) is described and researched. Some ideas of Kant regarding the symposium as a perfect society are commented.

Keywords: gastronomy, banquet, sociability, contract, Kant.

REPRESENTACIÓN DE KANT CON SUS CONVIDADOS



Este cuadro representa a Kant en su casa con varios invitados. En el punto focal, a la cabecera de una mesa se observa a Kant, como de unos sesenta y tres años, sujetando un documento frente a sí, al tiempo que lee o habla. Alrededor de la mesa, sentados todos, menos uno, se encuentran ocho amigos suyos de diferentes edades. Como él, todos portan las casacas de la época y, salvo los dos más jóvenes, llevan puestos los peluquines blancos que estaban en boga. Las miradas de todos los oyentes se centran en él, y sus expresiones varían entre la admiración y la diversión. Al fondo a la izquierda se observa al señor Lampe, valet de Kant durante casi toda su vida, vestido como el resto pero sirviendo las viandas sin prestar atención a la conversación que tan entretenidos tiene a los invitados.

Por arriba y detrás de él se encuentra una pequeña ventana que nos permite advertir que ya ha oscurecido, y probablemente se trata de una cena. La estancia es sobria pero no pobre. Sus techos son altos, la única puerta amplia, una alfombra, un biombo, un par de candelabros, un espejo y un reloj, todos de estilo barroco, adornan la sala. Un único cuadro hay en la pared. Muy probablemente quiso referirnos el artista al famoso retrato de Jean-Jacques Rousseau, único cuadro que Kant, tras recibirla de como un presente, quiso a colocar en su casa (si bien lo que cuenta la historia es que el retrato colgaba justo arriba de su escritorio, en el estudio, y no en el comedor [Manfred Kühn, Kant: A biography]).¹



¹Manfred Kühn, Kant: A Biography, Cambridge University Press; New edition, 2002, pág. 272. Usted podrá ver la página 272 completa, si tiene una cuenta personal en Amazon y utiliza la liga de Amazon que dice "on Page 272".

La mesa con que se ofrece a los comensales tampoco es sobreabundante. Probablemente presenciamos el preámbulo de la cena, o la sobremesa; más probablemente esto último, por lo que deja suponer la servilleta abandonada en la silla por uno de los comensales. No se percibe ningún manjar sobre la mesa, pero sí dos jarritas transparentes con vino tinto, y copas a medio beber; una de ellas frente a Kant.

II. Historia del cuadro.

HISTORIA DEL CUADRO

¿Cuál es la importancia de este retrato? ¿Por qué retratar al filósofo de Königsberg en esta situación tan cotidiana y poco heroica? En nuestra opinión, el artista intenta expresar plásticamente, con bastante éxito, la forma de ser, de pensar y de sentir de Kant con respecto a la condición como ser humano y sus congéneres. Emil Dörstling era, al parecer, un pintor alemán de finales del siglo XIX, que gustaba de representar escenas históricas y al cual recurrían con frecuencia las oficinas públicas para encomendar retratos y escenas dignas de conmemoración.

Este elocuente cuadro le fue encargado en 1892 por el senador prusiano Dr. W. Simon, quien lo adquirió con el fin de obsequiarlo al ayuntamiento de Königsberg. El cuadro lleva el título "Kant y sus convidados" por la obra literaria en que está basado, la cual describe las comidas dominicales que Kant gustaba de ofrecer en su casa y que llegaron a ser célebres entre las personas cultas de la ciudad. Su autor, Christian Friedrich Reusch, sólo fue invitado personalmente a las últimas de estas célebres tertulias, hacia el final de la vida de Kant. Pero aunque el ambiente que él pudo presenciar es muy diferente del que este cuadro retrata, sus referencias a épocas más gloriosas, cuando Kant gozaba de plena salud, le eran bien conocidas por las referencias directas de su padre (profesor de física) y de su hermano mayor (médico), ambos amigos del Kant maduro (según refiere el *Berlinische Monatschrift*). Christian apenas fue invitado a la mesa de Kant en el año de 1803, cuando éste era un anciano de 79 años. Lo que vio apenas se compara con lo que fueron las reuniones en años anteriores. Así describe Christian su experiencia personal:

... durante el último período de mi presencia, Kant empezó a hablar, como de costumbre, pero con voz muy baja y de manera incoherente, cayendo a veces en una especie de somnolencia cuando el estómago o la falta de sueño lo distraían. Deseaba la conversación, pero se molestaba cuando sus dos invitados se ponían a hablar entre sí. Estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo a ser el centro y el líder de la conversación. Ahora, débil y duro de oído, solía hablar él solo -normalmente sobre la calidad de la comida, sobre vagos recuerdos y opiniones acerca de su enfermedad-. Sus viejos amigos podían ayudarle a recordar viejos tiempos... y todavía recitaba algún que otro verso de su poema favorito... «La regla sigue siendo que no debe uno casarse... pero, excipe, qué pareja tan honorable...», poniendo especial énfasis en la palabra "honorable". ...Después de media hora, Kant tenía que ser conducido a su habitación completa mente exhausto. Sus invitados se retiraban con sentimientos de culpabilidad.... (Los últimos años de Immanuel Kant, según la citada biografía escrita por Manfred Kühn)

Para entonces, como refiere Kühn, Kant estaba viejo y había pasado una enfermedad tan grave que casi le había impedido para siempre volver a sentarse en la mesa con sus amistades. ¡Qué diferencia de la persona alegre, entusiasta y amistosa que conoció y describe Johann Herder:

En la plenitud de su edad conservaba, sin embargo, la gozosa viveza de un joven, que, según creo, le ha acompañado hasta la vejez. Su amplia frente, hecha para pensar, daba cobijo también a una serenidad y alegría inalterables. De sus labios fluía un discurso rico e injundioso. Poseía gracia, humor y sensatez, y sus clases eran lo mas ameno que uno podía encontrar. (Herder, Cartas para el fomento de la humanidad)

III. Ubicación histórica de la escena representada

Tal era el anfitrión que Reusch padre y su hijo mayor, Karl, habrían disfrutado en las reuniones dominicales. Esta escena, descrita de oídas por Christian Reusch en 1848 y plasmada por Dörstling en 1893, es un ejemplo del número y profesión de los invitados. Si bien Kant prefería variar frecuentemente de compañía, la escena incluye algunas de los invitados más frecuentes. Pocos de ellos son filósofos, pero todos son personas importantes del gobierno, la industria, el comercio o la intelectualidad de Prusia Oriental. El más conocido para nosotros es Johann George Hamann (1730-1788). Este filósofo, apenas seis años más joven que Kant, tuvo una actitud crítica hacia la filosofía de éste. Sin embargo, podemos constatar que conservaron siempre una muy buena amistad. El único otro filósofo de profesión que concurre en la escena es el joven Christian Jacob Kraus (1753-1807). Este discípulo de Kant se convirtió en profesor y colega suyo. Impartía la materia de filosofía práctica, derecho y filosofía natural. Posteriormente se interesó especialmente en la obra de David Hume y Adam Smith. Otro discípulo de Kant saqué presente es Ludwig Ernst von Borowski (1740-1831), pero éste no se dedicó a la docencia, sino a los sermones y administración eclesiástica. Fue consejero personal de Federico Guillermo III y su esposa Luisa, durante el exilio de éstos en Königsberg, tras lo cual fue nombrado arzobispo de Prusia. Los demás son personas cultas dedicadas a otras profesiones: Johann Konrad Jacoby (banquero proveniente de Pfalz), Robert Motherby (otro banquero, proviniente Escocia), Theodor Gottlieb von Hippel (Consejero de Guerra, Director de la Policía primero y Regente de la ciudad de Königsberg), Johann Georg Schaffner (Consejero de Guerra y escritor) y Karl Gottfried Hagen (Médico y farmacológico).

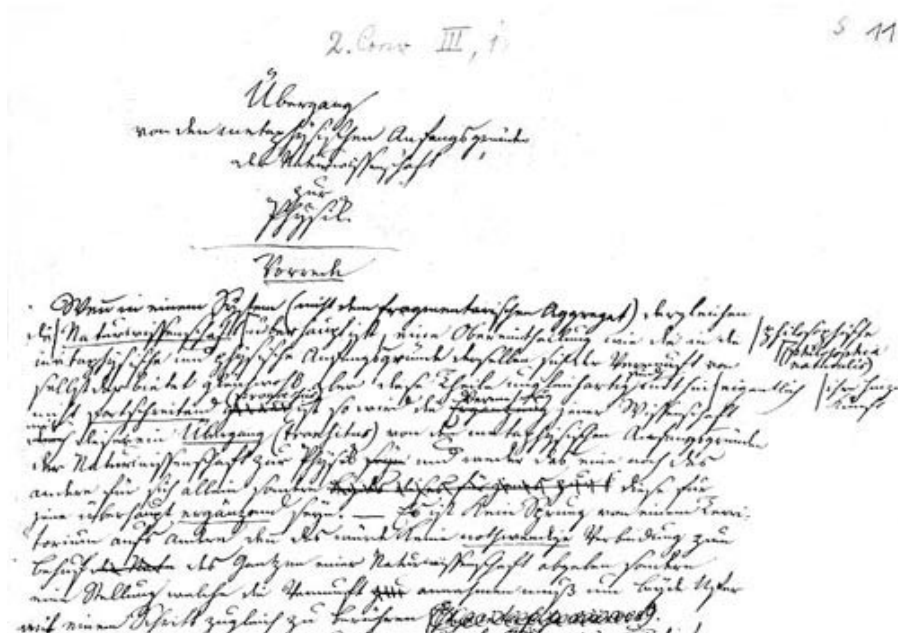
IV. Disfrutar una comida en sociedad

Las comidas con sus amigos, como la que aquí es representada, tenían para Kant una significación particular. Hasta que cumplió los sesenta y tres años de edad, en 1787, Kant había frecuentado muchas cenas y tertulias fuera de su casa, especialmente las que organizaba el inglés Joseph Green. Pero en 1787, Green, el amigo más íntimo que Kant jamás tuvo, murió. El golpe para Kant fue tan grande, que dejó de frecuentar las reuniones sociales en general, y contrató a un cocinero (no nos referimos a Lampe), disponiéndose con ello, al parecer, a dedicar a la soledad los momentos del día que anteriormente solía dedicar al círculo de amigos que Green había formado. Eventualmente, sin embargo, Kant se dispuso a organizar pequeñas reuniones en su propia casa. Comenzó por invitar solamente a su discípulo y amigo Kraus, en primer lugar, y posteriormente fue expandiendo el círculo, para llegar hasta varias decenas de amigos alternantes, pues el número de invitados en cada ocasión estaba limitado a nueve. El segundo en atender las reuniones, a veces invitándose a sí mismo, fue Hamann, quien era gran amigo de Kraus aunque no tanto de Kant. Como Hamann partió de Königsberg a principios de 1788 para nunca volver, pues, murió súbitamente en Münster, podemos estar casi seguros de que la cena representada en el cuadro, tuvo lugar en el otoño de 1787 o el invierno de 1788.

V. El tema de la plática

No podemos saber qué lee o se supone que lee Kant a sus amigos en esta reunión. ¿Serán acaso los últimos resultados de sus investigaciones en curso? En el invierno de 1787-88, Kant trabajaba ya la tercera y última parte de su crítica de las facultades de conocimiento, a la que por ese entonces denominaba "Crítica del Gusto" y no aún *Crítica de la Facultad e Juzgar*. Estaba lleno de confianza en que podría publicarla para el otoño siguiente, y muy entusiasmado también por haber logrado encontrar un recóndito principio a priori para el gusto, sin más esfuerzo que haber "vuelto la mirada hacia el cuadro general de los elementos del conocimiento, y de las facultades mentales que les pertenecen". La división sistemática que con tanto trabajo había logrado imprimir a su teoría le permitía ahora no sólo tener una confianza total en su consistencia, lo cual lo hacía invulnerable a las críticas de sus contemporáneos, sino también servirse de él para encontrar nuevas elucidaciones antes insospechadas, como por ejemplo el principio del gusto.

Esto se confirma fácilmente, si se lee la carta que escribió Kant a Reinhold el 28 y el 31 de diciembre de ese invierno.²



No obstante su entusiasmo, podemos suponer, con base en la personalidad que nos revelan sus biógrafos, que no se trata de ningún tema filosófico, pues tenía impuesta a sus invitados la regla de no abordarlos durante la comida. En cambio, solía decir, el momento debía consagrarse a “honrar al cuerpo”. De hecho, Kant había dejado de acudir a comedores públicos donde la gente aprovechaba su presencia para hacerle preguntas y objeciones sobre su filosofía. A cambio, Kant prefería comenzar las reuniones con “las novedades del día, primero nacionales, luego extranjeras, traídas por las cartas privadas y los periódicos” (*Antropología*, §88, “Sobre el sumo bien físico-moral”)

¿Será acaso que Kant lee a sus amigos una carta, para luego comentarla? No podemos saber qué es lo que Dörstling tiene en mente. Pero si quiso representar a Kant en la lectura de una carta con noticias del mundo intelectual, es probable que fuera la carta de su amigo el comerciante ilustrado J. C. Berens, quien le escribió el 5 de diciembre informándole, desde su periplo por Prusia Occidental, lo que podía observar sobre la recepción que a la sazón tenía la *Critica de la Razón Pura*. En ella había, en efecto, mucho que podía resultar divertido para Kant y sus amigos de lo que Kant llamaba las “guerras, alianzas e intrigas... del mundo intelectual”. La referida carta, que Kant muy bien podía tener ahora en sus manos, comienza refiriendo que Kant y su *Critica* van consolidándose en Halle, Leipzig y varios otros lugares. Afirma no haber advertido ninguna intriga efectiva contra la filosofía crítica, pero sí una gran renuencia de los profesores de filosofía contra la idea de abandonar sus hábitos y ver destruidos los fundamentos de su sistema. Si queremos poner sonido al cuadro de Dörstling, imaginemos que Kant y sus amigos se encuentran precisamente en el momento en que aquél llega a las siguientes líneas de Berens:

²Immanuel Kant, *Philosophical Correspondence*, 1759-99, University of Chicago Press, Reprint edition, 1986, pág. 127.

Usted podrá ver esta página completa, si tiene cuenta personal en Amazon y utiliza la liga que dice “on Page 127”.

... Plattner se opuso discutir vuestra filosofía: sólo exclamó "Ya enseñamos a Kant" [Wir lesen Kanten]. Sus elegantes clases se refieren más al filosofar que a la filosofía como tal. El año se acerca a su fin; de otro modo me hubiera gustado escuchar a Wieland y Reinhold, pues ambos son grandes entusiastas de la *Crítica de la Razón Pura*, según me dicen sus paisanos. Wieland sostiene que si es Kant quien a definido los límites del entendimiento, entonces todos los demás podemos quedarnos tranquilos con esa posición. Reinhold, un ex monje capuchino o incluso jesuita, mas al mismo tiempo un hombre inteligente y sin prejuicios (estuvo en Berlín recientemente), se lamenta—según refiere el Dr. Biester—cada vez que escucha que vuestra santa doctrina no es aún universalmente reconocida. El Prof. Eberhard, en cambio, teme las consecuencias morales de vuestra nueva filosofía y piensa que deberíais haber cultivado la antigua perspectiva. Vuestro antiguo amigo, el Prof. Ulrich, se esta convirtiendo en vuestro enemigo, ya que Reinhold le ha despojado de sus laureles. (Carta de J. C. Berens, diciembre 5 de 1787, en Immanuel Kant: *Philosophical Correspondence*³)

Puede darnos la impresión que comenzar una reunión de esta manera es un tanto arrogante de su parte y falto de gusto ufanarse así frente a sus invitados. Sin embargo no debemos descartar tan fácilmente esta posibilidad. Tenemos noticia, por Hamann, de que Kant no era precisamente un hombrecillo tímido y modesto, sino bien conciente de su éxito creciente y algo impúdico al respecto. Con ocasión de un exabrupto temperamental de Kant, en una reunión previa en casa del Alcalde Hippel, Hamann escribió una carta reportando, efectivamente, que:

Kant es un hombre cuyos talentos son tan grandes como buenas y honorables son sus intenciones. Así que se exaspera mucho con los prejuicios, pero no tiene reparos para negarlos, para abolirlos y para ridiculizarlos. Sólo hay que darle algún tiempo para que reflexione. Le gusta más hablar que escuchar. In puncto a su sistema y a la fama que ha obtenido en virtud de éste, se ha vuelto algo irritable y más presuntuoso, como ya te imaginarás. Pero eso no es del todo culpa suya, sino principalmente culpa de ese querido público. (Hamann, *Briefwechsel*, VI, p. 349; en Kuhn, *Kant: A Biography*).

VI. Una "Crítica del arte culinario"

Kant tenía ideas bastante precisas sobre las reuniones sociales, adquiridas al principio de sus invitaciones a la casa de Green, y consolidadas posteriormente cuando organizó su propio círculo de invitados a cenar en su casa, a partir de 1787. Sus disposiciones estaban tan cuidadosamente pensadas, que parecía "máximas", lo cual indujo al sarcástico Hippel a sugerir que eventualmente Kant escribiría una "Crítica del arte culinario". Aunque nunca llegó a algo parecido, Kant si hizo explícitas sus ideas al respecto en sus lecciones más mundanas: las lecciones sobre antropología pragmática—de las cuales proviene cuanto diremos ahora (*Antropología con un diseño pragmático*, Alianza Editorial 1326, Madrid 1935 y 1991).

Para Kant, el hombre es la conjunción de una naturaleza sensible y una intelectual. Por esa razón, encuentra frente a sí dos clases de bien supremo que determinan su carácter y destino como ser humano. El bien, para el hombre, es pues de dos especies: físico y moral. El primero se refiere a nuestra facultad de sentir; el segundo, a la de pensar y entender. Ambos perfectos cuando se dan puros y libres de todo mal, sensible o inteligible. Así, por ejemplo, el sumo bien físico constituye en un goce libre de toda repugnancia. Para Kant está claro que de todos los placeres sensibles imaginables, el único con esta característica es "el reposo después de trabajar" (§87, p. 217) El reposo *sin trabajo previo*, es decir, la pereza, no goza de este privilegio, porque va acompañado de hastío; pero no por ello cabe dictar una condena sobre el reposo del hombre extenuado, y menos aún sobre la incapacidad humana para trabajar sin agotarse.

³Immanuel Kant, *Philosophical Correspondence*, 1759-99, University of Chicago Press, Reprint edition, 1986, pág. 126. Usted podrá ver esta página completa, si tiene cuenta personal en Amazon y utiliza la liga que dice "on Page 126".

Tanto para el individuo como para la especie, dice Kant, la finitud de las fuerzas de trabajo constituye una fortuna: para el primero, porque da la ocasión de un puro goce, para el segundo, porque le impide trabajar aún más en la incesante destrucción de sí mismo mediante las guerras.

Ahora bien, el sumo bien físico no constituye de por sí el sumo bien del hombre, sino solamente una de sus partes. La otra proviene del sumo bien moral. Y no porque deban *mezclarse* entre sí, aclara Kant, sino porque el primero debe estar articulado y limitado por el segundo en la forma adecuada para no destruirlo. Bien articulados, es decir, sujetando el reposo después de trabajar a las condiciones del bien moral (y no a la inversa), tenemos el sumo bien físico moral, y con él, el carácter y destino propios del ser humano. Kant es muy cuidadoso en advertir que no es plausible proponerse combinar la persecución de ambos bienes simultáneamente. Mientras los hombres tratan de repartir simplemente el tiempo de sus vidas a partes iguales entre el placer y el deber, no logran perfeccionar ninguno de los dos, porque los principios que conducen al primero destruyen el segundo, y viceversa. Tampoco puede subsumirse el principio para el bien moral bajo los principios del bien físico, pues este último no tiene límite de saturación, y por ello el primero, si estuviera condicionado por el segundo, nunca tendría oportunidad de determinar nuestras acciones. Así, la única articulación conveniente es, para Kant, la que consiste en subsumir el principio del bien moral bajo el principio del deber y la virtud.

No deja de advertir Kant que, en la práctica, las cosas ocurren de tal modo que los dos principios alternan en nuestra elección de propósitos. En tal horario trabajamos, y determinamos nuestras acciones por máximas de la virtud; en tal otro horario, descansamos, y determinamos nuestras acciones por principios concebidos para maximizar el placer. De esta manera, acaban por imponerse ambos sin ningún límite, salvo los horarios destinados para cada manera de ser, y más bien confundidos. Para evitar esta confusión, y para forjar un verdadero carácter, Kant recomienda entonces efectuar "un análisis mediante reactivos, [diseñados] para [poder] saber cuáles son los elementos [que operan a cada momento] y [con ello determinar] la proporción de su combinación que... puede proporcionar el goce de una *felicidad pulida*." (§88, p. 219) Su objetivo es determinar qué "carácter moral que une, en el trato social, el *bien vivir con la virtud*." (ibid.) Ese carácter o "índole moral" consiste en lo que Kant llama *humanidad*. Este carácter que Kant ambiciona y recomienda, se parece a otro que él había cultivado en sus años de juventud, pero ahora nos alerta sobre el riesgo de confundirlos. La *sociabilidad*, advierte, "es también una virtud, pero la inclinación al trato social conviértese frecuentemente en pasión. Y si [además] el goce del trato social se realza fastuosamente [y] con prodigalidad, cesa esta... sociabilidad de ser una virtud y se convierte en un bien vivir que causa quebranto a la humanidad." (219). Debemos, pues, encontrar la semejanza pero también la diferencia específica entre sendos caracteres del hombre.

La primera semejanza consiste en que ambos se ejercitan en sociedad con otros hombres, cuando éstas se establecen por razones distintas a la consecución del interés privado. Ambas, son formas, pues, de convertir ese reposo después de trabajar que, según dijimos, en un placer. Y es que el simple reposo en soledad difícilmente proporciona un placer, en primer lugar porque remite el cansancio muy poco a poco, y el placer constituye, para Kant, en una remisión más bien súbita del dolor y una expansión de la vida igualmente súbita. La otra razón es que en soledad, el hombre y sobre todo el filósofo tiende a ocuparse nuevamente en ejercicios agotadores de sus pensamientos, como es la meditación. Si la conclusión fuera que el sumo bien físico-moral radica en este descansar y divertirse varias personas conjuntamente, no se ve cuál sea la diferencia entre las ventajas de la mera sociabilidad y la humanidad (la verdadera sociabilidad). Tenemos, pues, que avanzar sobre sus diferencias.

Para demostrar mejor esas diferencias, Kant compara dos tipos de "sociedades privadas" ("círculos de amigos" o "clubs") habitualmente formadas para procurar este descanso y diversión en compañía. En primer lugar, menciona las tertulias para escuchar música, bailar y jugar. En segundo lugar, la cenas. Es importante notar aquí que Kant no habla por referencias, y que él frecuentó unas y otras con gran afición en distintas épocas de su vida: en su juventud las primeras, y después de los cuarenta años de edad, 8 -13

aproximadamente, las últimas. Cada una de ellas responde, en su opinión, a los ideales de la sociabilidad y la humanidad respectivamente.



Las primeras, las tertulias lúdico-músico son propias, en su opinión, de sociedades "sin lenguaje". Pese a que en ellas—acusa Kant—la finalidad declarada sea fomentar la conversación entre sus miembros sirviéndose de algún juego (de cartas, por ejemplo) sólo como vehículo de la misma y para conectar unos temas con otros sin caer en mortíferos silencios, no obstante es fácil que las funciones del fin y el medio se truequen en las íntimas intenciones de los miembros, volviéndose el juego el fin de la reunión y la conversación una utilización de palabras sin verdadera comunicación recíproca de pensamientos. Y en vez de fomentar la sociabilidad de los participantes, estas "sociedades" hacen de su compañía "un medio de lucrarse unos por otros, en el que se agitan intensamente las emociones, y se establece una cierta convención del egoísmo para saquearse unos a otros con la mayor cortesía, y en la cual, mientras dura, se toma un perfecto egoísmo por un principio que nadie niega." (219-220)



Semejantes sociedades privadas no son, pues, para Kant, sino modelos a escala de la *insociable sociabilidad* que caracteriza a la sociedad pública en su conjunto. Están lejos de representar, así sea simbólicamente, la superación de la misma. Y lo que más lamenta es la imposibilidad de la conversación, pues la que sirve para atender el juego, "pese a toda la cortesía que pueda introducir en las maneras, no promete beneficio verdadero a la unión del bien vivir social con la virtud," ni por consiguiente la única verdadera sociabilidad, que él denomina, *humanidad*.

Por contraposición, en su madurez Kant prefiere las sociedades "de la mesa", que se han formado para celebrar periódicamente "una buena comida en buena compañía" y la razón es que en ellas se fomenta la humanidad de manera efectiva. Claro que no es cualquier banquete o festín lo que Kant tiene en mente. Sus modelos ideales de sociedad los describe, más bien, como "una mesa rodeada de *hombres de gusto, unidos tan sólo por el [gusto] estético*". Según esto, las sociedades virtuosas están restringidas tanto en el número y el sexo de los invitados, como por la clase de las viandas y de los temas que han de nutrirlas. Análogamente a lo que argumenta quien defiende las tertulias lúdico-musicales (quizás estas justificaciones fueron concebidas por Kant mismo durante la transición que tuvo de un estilo para divertirse al otro), en estas otras sociedades hay también una intención, que es la conversación y la compañía, y un vehículo para la misma, que en vez del juego es una *comida común*.

La pregunta que hay que hacer es, pues, ¿por qué no puede surgir aquí, como allá, también la convención para reconocer el principio egoísta, y trocar sus funciones el fin y el medio? ¿Cuáles son las condiciones

y restricciones que, según Kant, impedirían que ocurra el mismo efecto, y posibilitarían la verdadera comunión de los participantes? ¿Cómo se consigue la pulidez de conversación que consiste en “hablar uno continuamente con todos”?



VII. Las “leyes de la humanidad refinada”

Veamos, pues, lo que Kant denomina las “leyes de la humanidad refinada”.

Ante todo, Kant pretende comparar la *conversación* en un convite con arte “performativo” análogo a la música y el drama, pero moralmente superior. La mesa, las viandas y el resto de la “escenografía” están todas subordinadas al buen fin de la conversación. Es importante observar que Kant no consideró nunca hermanar la comida con el filosofar ni con otras formas de discurso que significara “ocupación”. Antes al contrario, la concebía como una distracción útil para reparar las fuerzas agotadas por el trabajo y la meditación, lo cual consigue de manera tanto más eficiente mientras más placer proporcione. No desvirtuaríamos mucho a Kant si dijéramos que, para él, la comida debe ser diversión y placer. Es preciso, sin embargo, subrayar que además de tal beneficio psicoprofiláctico, la conversación-de-sobremesa tiene para Kant, sobre el mero descanso, el beneficio superior de *moralizar*, o sea, de enseñar a los hombres que pueden, y cómo pueden conciliar el ejercicio de su libertad con la obediencia a leyes universales. Su idea es que la conversación puede servir es para los hombres un modelo de la unión política ideal (la República) y un “arenero” para ejercitar sus facultades sociales. Y ello, en virtud de que el *gusto* y su presupuesto, o sea un *sentido común*, son análogos a la *moralidad* y su presupuesto, la conformidad a leyes universales de la libertad (¿o quizás, más bien, la idea de humanidad?). Por esto, Kant está convencido de que algo en apariencia tan superficial debe ser tratado con cuidado:

[Las] leyes de humanidad refinada [que veremos enseguida] pueden parecer insignificantes, sobre todo si se las compara con las leyes morales puras, y sin embargo—como todo lo que promueve la sociabilidad aunque sólo consista en máximas o maneras para agradar—es un traje que viste ventajosamente a la virtud y que [sirve para recomendar] a esta última hasta en condiciones más serias.” (p. 224-5)

En cuanto analogía de la República, la conversación-de-sobremesa debe, pues, según él, sujetarse a condiciones tales “para que ninguno de los convidados retorne a casa *disgustado* con otro,” así como ningún miembro o clase de una sociedad debe tener razones para quejarse de injusticia. Esas condiciones son:

1) Evitar ante todo el *silencio*, como si se tratara de la muerte misma del ejercicio (no los *compases de espera*, sino el silencio persistente, que Kant llama “mortal”, en cuanto representa el estado original de insociabilidad y desconfianza mutua).

2) Evitar que surja o, si surgiera, evitar que perdure un *espíritu de contradicción*, pues en materia de

conversación, la contradicción representa la guerra, pero "este diálogo no debe ser una ocupación, sino sólo un juego".

3) Procurar que la experiencia signifique para todos los participantes un progreso cultural; y eso ocurrirá siempre que puedan reconstruir el diálogo, cuando posteriormente recapitulen, conforme a algún "hilo conductor", lo cual a su vez depende de que la transición temática esté siempre *guiada por razones*. En este punto, Kant reconoce su fuente en el anecdotario de Ateneo de Naucratis (ca. 200), según el cual, un convidado a los banquetes de Platón dijo a éste una vez "Tus comidas no agradan sólo cuando se las goza, sino también tantas veces como se piensa en ellas."⁴



4) Procurar que la materia temática de la conversación sea tal que interese a todos por igual, y dé a cada uno la ocasión de contribuir con algo propio.

5) Procurar que, cuando la discusión se torne seria ("lo que, pese a todo [cuidado], es inevitable"), cada uno mantenga sus propias emociones cuidadosamente disciplinadas, y use cada uno con todos un "tono" de "recíproco respeto y benevolencia". (Cfr. §88, p.. 224)

Para garantizar estos objetivos, Kant divide las conversaciones-de-sobremesa en tres fases o, como dirían los aficionados taurinos, en "tercios". En el primero de ellos, dice, se intercambia información. En el segundo tercio, se ejercita la argumentación. Y en el tercero, se "bromea", es decir, se juega y ejercita el ingenio. Una vez distinguidos, Kant define reglas para en todos ellos se conserve el mencionado equilibrio entre libertad y sujeción a principios.

En primer lugar, el número de participantes, que debe estar determinado por el número de voces que pueden concurrir en una sola conversación, sin que ésta se fragmente en varias y sin que se convierta en una disputa. Lo primero ocurre, según Kant, cuando el número es demasiado grande; lo segundo, cuando es muy pequeño. En este respecto, Kant se adhiere a una fórmula proveniente de un escritor de filosofía vulgar célebre en Inglaterra, el diplomático británico Philip Dormer Stanhope, alias "Lord Chesterfield". Este autor, como un Dale Carnegie del Dieciocho, había escrito una gran cantidad de cartas a su hijo con la intención de transmitirle las agradables maneras, la civilidad cosmopolita y el ingenio por las que él mismo había adquirido notoriedad, y que le habían facilitado una exitosa carrera diplomática. Pero las cartas se publicaron en su idioma original y en Inglaterra. No sería extraño, por tanto, que Kant hubiera adoptado la fórmula indirectamente, a través de los dichos y costumbres de sus amigos británicos, y más probablemente de Green. Según la fórmula de Chesterfield, el número de comensales no debe ser "menor que el de las [tres] Gracias, ni mayor que el de las [nueve] Musas".

Deipnosophistae (El banquete de los eruditos), X, cap. 14, English translation by Charles Burton Gulick, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1951-1957, 7 vols.

En segundo lugar, Kant parece tener ideas específicas sobre la participación de las mujeres en su idea del sumo bien físico-moral. En un momento parece excluirlas del todo, porque la necesidad que su presencia impone a los "capeus" (caballeros) de mantenerse dentro de los más estrictos límites del decoro, inhibiría su libertad y, por consiguiente, el propósito esencial del convivio que consiste en producir un juego de la facultad intelectual que, no obstante ser guiado por principios, sea *libre*. Una más de las cosas que impacientan a Kant de las tertulias lúdico-musicales o los festines "de gala", es la facilidad de escandalizar a alguna mujer: "una contingencia desagradable que pesa largo rato y hace que nadie se atreva a proponer ningún tema nuevo y adecuado para que continúe la conversación ..." (220)

De modo que, cuando hay mujeres presentes, conviene abreviar el segundo tercio, pasar cuanto antes al último, y prolongarlo. En éste la presencia femenina, en vez de representar una restricción, es para los comensales el mejor receptor de sus insinuaciones rosadas ("pequeños ataques maliciosos, pero no vergonzantes"), dándoles por consiguiente la oportunidad, dice Kant, de que se emulen unos a otros en ingenio. En resumen, la presencia femenina tendría el efecto, de doble filo, consistente en limitar los excesos de la *argumentación*, tanto en tono como en duración, y en expandir las oportunidades para la broma.



En tercer lugar, las viandas. El asunto no es menor, pues como dijimos Kant renunció en un momento de su vida a las reuniones lúdico-musicales a favor de las gastronómicas. ¿Por qué? ¿Qué ventajas ofrecería, para la conversación y la sociabilidad tiene, la *degustación* de platillos que no ofrezcan también o aún más los *juegos* de mesa? En su opinión, los juegos de mesa no constituyen vehículo de la conversación (por más que él mismo haya pensado diferente en el pasado), sino un fin en sí mismo. Y peor aún: el fin, en ellos, es despojar cortésmente a los otros de su dinero.

En ellos, el egoísmo es una convención admitida ("se toma un perfecto egoísmo como principio que nadie niega") y, peor aún, e irreducible. Pero el fin esencial de estas sociedades privadas es precisamente conciliar el bien vivir social con la virtud, es decir, domesticar nuestro egoísmo. La permanencia durante el juego del principio egoísta tiene la consecuencia, en opinión de Kant, de que, en vez de retornar a sus casas en paz unos con otros, los participantes agiten intensamente sus emociones y se vayan disgustados unos con otros. Lo que, para Kant, se requiere es alguna especie de juego cooperativo, en vez de los acostumbrados juegos *competitivos*. Pero si el juego *cooperativo* por antonomasia es la música, ¿qué razones pudo tener para cambiarla por la degustación? No debemos olvidar que Kant tenía altas esperanzas puestas en la capacidad de las bellas artes para educar moralmente a los hombres, y tanto mayores, que si además de bellas pueden educarlos en sociedad. El gusto compartido conforma un sentido común, que es lo más parecido a un verdadero sentido moral. Sin embargo, las pequeñas sociedades privadas deben dar un paso más, en su opinión, hacia el ideal de la república; y ese paso consiste en la creación espontánea de *principios*. "No es meramente un *gusto* sociable lo que debe dirigir la conversación, sino que son también principios quienes deben servir al abierto comercio de los hombres con sus pensamientos en el trato social, de restrictiva condición a su libertad." (221-2) Para esto último se requiere, pues, de conceptos y, por consiguiente, de discurso; cosa que la música impide, tanto cuando los participantes la ejecutan como cuando la escuchan. Por eso dice Kant que la "música durante el banquete es el absurdo más carente de gusto que la glotonería ha podido inventar nunca. (223).

La simple degustación permite ejercitar el juicio *reflexionante* cada vez que se califica la concordancia de los sabores con nuestro gusto privado al tiempo que se buscan bases para un gusto común, tal como en el gusto musical; y no obstante, es posible a la vez mantener un discurso *reflexivo* sobre principios.

En cuarto lugar, Kant busca en toda comida en sociedad el análogo de un *pacto social*. Esta pretensión constituye la evidencia más clara de que Kant concibe el banquete como modelo de la unión política.

Todo banquete lleva consigo—escribe—, aun sin un pacto especialmente hecho para ello, una cierta santidad y deber del silencio con respecto a lo que pudiera causar al compañero de mesa una posterior incomodidad fuera de ella. Sin esta confianza, se aniquila el deleite de gozar en sociedad e incluso de esta sociedad, que tan provechoso es hasta para la cultura moral. (...) Hay en la confianza entre personas que comen juntas a una mesa algo análogo con antiguos usos, [como los] del árabe, por ejemplo, de quien el extranjero, tan pronto como ha podido conseguir de él probar una sola cosa en su tienda ([inclusive] un trago de agua), puede contar también con su seguridad. (...) El comer juntos a una mesa considerábase, en efecto, como la formalización de un contrato semejante de seguridad. (221-2)



Todo esto nos muestra el tino de Emil Dörstling al elegir ese momento de diciembre del 1787 para expresar mejor el carácter de Kant. Pues si bien Kant no deja de ser un propulsor del rigorismo ético, es decir, del rigor en la aplicación de máximas y de someterlas todas ellas a un fino criterio que como fina navaja distinga con precisión lo que es un deber de lo que no lo es, no obstante se nos muestra como un sutil y complaciente educador de la moral. Nos parece que esta idea está capturada de la forma más elocuente y bella en la historia de Isak Dinesen "El banquete de Babette", del cual sea ha hecho la espléndida película del mismo nombre, y que recomendamos a todos quienes deseen seguir meditando sobre el tema.

